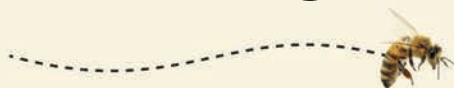




El
FILÓSOFO
y la **ABEJA**



Pierre-Henri Tavoillot
y François Tavoillot

PIERRE-HENRI TAVOILLOT Y FRANÇOIS TAVOILLOT

EL FILÓSOFO Y LA ABEJA

Traducción de Carlo A. Caranci Díez-Gallo
y Carmen Sáez Díaz



Título original: *L'abeille (et le) philosophe*

Ilustraciones en el texto: página 188 © Science Photo Library/Akg-images, página 198 © Biblioteca Nacional de France, páginas 204-205 © ETH-Bibliothek Zürich.

© Carlo A. Caranci Díez-Gallo y Carmen Sáez Díaz, por la traducción, 2017

© Odile Jacob, 2015

© Espasa Libros, S. L. U., 2017

Depósito legal: B. 23.687-2016

ISBN: 978-84-670-4899-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
Invitación al viaje	14
1. LA ABEJA MITOLÓGICA	17
Preliminares	17
Aristeo y la desaparición de las abejas	20
<i>La miel y el origen del mundo</i>	22
<i>En busca de las colmenas perdidas</i>	24
<i>La muerte de la ninfa Eurídice</i>	26
La abeja, la ninfa y la mujer perfecta	27
<i>La misión de Aristeo</i>	30
<i>El retorno de las abejas</i>	32
2. LA ABEJA COSMOLÓGICA	37
Aristóteles, Virgilio, Porfirio	37
Aristóteles apicultor	39
<i>La abeja, insecto de la miel</i>	40
<i>La abeja «prudente»</i>	42
<i>La abeja cívica</i>	43
<i>¿Cómo nace la divina abeja?</i>	46
<i>La abeja metafísica</i>	49

ÍNDICE

La abeja y la paz romana: Virgilio	59
<i>La abeja agrónoma</i>	62
<i>La abeja épica</i>	64
<i>La abeja, entre el epicureísmo y el estoicismo</i>	68
La abeja descriptada: Porfirio	79
<i>La abeja ideal de Platón</i>	80
<i>La colmena alegórica</i>	82
<i>En el camino del Uno</i>	83
<i>La filosofía como nostalgia</i>	86
<i>La abeja mística</i>	88
<i>El mito, la miel y el olivo</i>	90
 3. LA ABEJA TEOLÓGICA	97
El cirio, la Virgen y el monasterio	97
El regreso de las abejas	99
La abeja y el Cirio Pascual	103
La abeja y la Virgen	112
La abeja monástica	115
El enjambre herético	121
 4. POLÍTICAS DE LA COLMENA	127
Los regímenes de miel	127
La abeja imperial	128
La colmena como ideal del gobierno mixto	132
<i>La abeja monárquica</i>	133
<i>La abeja aristocrática</i>	137
<i>La abeja republicana</i>	145
La colmena entre la sociedad civil y el Estado	149
<i>La abeja anarquista: Proudhon</i>	150
La abeja autogestora	151
La abeja industrial (Saint-Simon)	154
La abeja mutualista	155
<i>La abeja comunista: Marx, Bachofen, Thiers</i>	157
La abeja y el arquitecto (Marx)	158

ÍNDICE

La abeja feminista (Bachofen)	160
El espectro de una colmena política (Thiers)	165
<i>La abeja liberal: Mandeville</i>	168
5. LA COLMENA HUMANISTA	175
La abeja en el «jardín imperfecto»	175
Abejas <i>vs</i> arañas	176
La abeja desvelada por el microscopio	187
Las abejas geómetras: la querella de los alvéolos	194
6. LA ABEJA HIPERMODERNA	217
La colmena 2.0	217
La abeja y el capitalismo polinizador	219
El enjambre hiperdemócrata	225
<i>Swarm Intelligence</i>	227
CONCLUSIÓN	239
FLORILEGIOS	247
NOTAS	277
BIBLIOGRAFÍA GENERAL	297
ÍNDICE DE POLINIZACIONES Y FLORILEGIOS	307
ÍNDICE ONOMÁSTICO	311
ÍNDICE DE OBRAS	317

1

LA ABEJA MITOLÓGICA

PRELIMINARES

—En un planeta, del que aún no os diré el nombre, hay unos habitantes muy listos, muy laboriosos, muy hábiles; viven únicamente del robo, como algunos de nuestros árabes, y este es su único vicio. Por lo demás, son de una inteligencia perfecta, trabajan sin cesar de común acuerdo y con celo por el bien del Estado, y, sobre todo, su castidad no tiene igual; bien es verdad que no tienen mucho mérito, ya que son estériles, así que con ellos nada de sexo.

—Pero —interrumpió la marquesa— ¿usted no ha sospechado que se mofaban al contarle esta bella [historia]? ¿Cómo se perpetuaría, entonces, la nación?

—No se trata de una broma —le repliqué con sangre fría—, todo lo que le he dicho es cierto, y la nación se perpetúa. Tienen una reina, que no los lleva a la guerra [...]. Ella tiene miles de hijos [...]. Posee un gran palacio, dividido en una infinidad de habitaciones, con una cuna en cada una de ellas, preparada para un principito, y la reina va a dar a luz en cada una de estas habitaciones, una tras otra, siempre acompañada de una enorme corte, que se congratula por este noble privilegio, del que solo ella goza con exclusión de todo su pueblo.

La continuación de este relato, que el curioso lector podrá consultar más adelante (*véase* florilegio núm. 1, pág. 247), muestra el retrato de esta población extraterrestre tan singular: sus costumbres, sus castas, su reproducción, sus producciones. Todo ello desarrollado con gran lujo de detalles antes de que se dé una solución a esta ingenua marquesa: estos *aliens* no son otra cosa que nuestras abejas.

Nos encontramos en 1686, y es mediante esta pequeña fábula como Fontenelle (1657-1757), sutil hombre de letras y sabio erudito, además de futuro académico, se propone presentar a su alumna, la denominada «marquesa», la hipótesis de la «pluralidad de los mundos». Las curiosidades de la naturaleza están ahí, ante nuestros ojos. ¿Por qué hemos de negarnos a concebirlas en la infinitud del Universo? ¿Por qué creer que nuestro mundo es único, cuando su diversidad es apenas concebible? Estas preguntas conforman el objeto de *Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos*, donde se trata de iniciar a un público ávido de saber en los descubrimientos más espectaculares de su tiempo: astronomía, biología, mecánica, etcétera. Ningún campo escapa al talento divulgador de Fontenelle, pero, ciertamente, no es por azar el que en esta conversación recurra al ejemplo de la colmena para explicar los misterios celestes, pues, desde siempre, o casi, la abeja ha sido una clave para aclarar la naturaleza de las cosas. De igual modo que el espectáculo de una noche estrellada nos «habla» del comienzo del Universo, la abeja, en su ligero vuelo, lleva consigo no solamente polen y néctar, sino también los profundos secretos de lo primordial. ¿Por qué razón?

Sin duda porque la abeja es un animal muy especial, difícilmente enmarcable en el orden de las cosas. Tomemos en primer lugar la miel: se trata, a un mismo tiempo, de un producto cultivado y salvaje: el más *natural* de los productos de cultivo, pues se consume directamente, sin transformación de ninguna clase; pero, a su vez, es el más *cultural* de los productos de la naturaleza, porque, al contrario que la mayoría de ellos, no se corrompe,

lo cual lo convertirá por otro lado en un elemento apreciado para... ¡el embalsamamiento de cadáveres! Contemplemos también la colmena: por un lado mantiene un orden espontáneo, casi programado, es decir, como algunos sostienen, es una especie de organismo viviente de pleno derecho que no conoce ni los avatares de la historia ni las inquietudes de la libertad; pero, por otra parte, esta totalidad se asemeja, hasta el punto de confundirse con ellas, a las organizaciones humanas más sofisticadas, tanto a las económicas, como a las sociales o políticas. El sabio romano Varrón (116-27 a. C.) decía que «es de ella de quien aprendemos a trabajar, a construir y a almacenar»¹, y para muchos autores, tanto antiguos como modernos, haríamos bien en imitarla más a la hora de elegir nuestros regímenes políticos. En cuanto a la propia abeja, a primera vista es un insecto más bien banal, bastante rústico y poco elaborado; pero su comportamiento colectivo parece alcanzar las cotas más sublimes de la razón, de la virtud y de la cordura: inteligente, devota, fiable, fiel, altruista, trabajadora, ahorradora, topógrafa, de una limpieza ejemplar, de una pureza a toda prueba, etcétera. La lista de sus cualidades llena miles de páginas de la literatura antigua, medieval... y contemporánea. Y en ella encontramos la ambivalencia naturaleza/cultura, ya que sigue siendo salvaje en estado doméstico (su picadura es temible) y doméstica en estado salvaje (produce su miel incluso sin apicultura). En resumen, el mundo de la abeja se sitúa, en todos sus aspectos, en el confuso punto de unión de diversos órdenes de lo real: el vegetal y el animal, el terrestre y el celeste, la naturaleza y la cultura, lo viviente y lo eterno, lo humano y lo divino...

Así pues, podemos comprender que este estatus intermedio haya conferido a la abeja una función mitológica de primer orden, pues los mitos no son solo hermosas historias que contar al amor de la lumbre, sino que, además, tienen una profunda carga de explicación y respuesta a los grandes interrogantes que la humanidad se plantea desde siempre. La vida, la muerte, el origen de las cosas, de los creadores y de las criaturas, la razón de ser de las

reglas, de las leyes y de las prohibiciones; esto es lo que cuentan la mayoría de estos antiguos relatos, nunca demasiado alejados de los clásicos conocimientos que los han inspirado. Así pues, por su posición intermedia entre naturaleza y cultura, la abeja va a permitir al hombre comprender cómo ha podido pasar de una a la otra y cómo, al convertirse en civilizado —¡en ocasiones, quizá en exceso!—, la vuelta a la naturaleza salvaje lo amenaza constantemente. Este es el primer papel simbólico que la abeja asume en el pensamiento humano: permite explicar cómo ha salido la humanidad de su salvajismo natural y cómo debe evitar todo abuso de la cultura. Por tanto, escuchemos los mensajes de la abeja mitológica, preludio de su función filosófica, a través de un famoso relato de la antigua Grecia: el del destino de Aristeo.

ARISTEO Y LA DESAPARICIÓN DE LAS ABEJAS

*Donde vemos cómo, ya en el origen, las abejas habían...
desaparecido*

Aristeo nace de los amores de Apolo con la ninfa Cirene. ¿Era esta una ninfa de las aguas (nereida) o una ninfa cazadora? Las versiones difieren, pero se sabe que era de una belleza espectacular y Apolo quedó pasmado. El fruto de su unión, el pequeño Aristeo, nace en Libia, en el mismo lugar donde se erigirá la ciudad de Cirene. El niño tiene una situación algo extraña —también él es intermedio—, pues, sin ser un inmortal de pleno derecho, no es del todo humano: es un héroe. Siendo muy pequeño le es retirado a su madre para ser confiado a su bisabuela Gaia (la Tierra) y a las Horas (divinidades de las estaciones), que lo alimentarán con néctar y ambrosía, alimentos reservados a los dioses. Según otras fuentes, son las Ninfas o incluso el centauro Quirón (ya mentor de Aquiles, Heracles y Esculapio...) quienes se harán cargo de él. En cualquier caso, recibirá la mejor educación posible, centrada, sin embargo, en lo que le concierne, esto es, en

los asuntos prácticos de la naturaleza: una especie de ingeniero agrónomo. De este modo aprenderá a ocuparse del ganado, a cuajar la leche para hacer queso, a cultivar los olivos. Adolescente, será confiado a las musas, que le enseñarán el arte de sanar y de prever los acontecimientos. A cambio, se ocupará de los rebaños que pastan en los prados de Tesalia.

Al hacerse adulto, Aristeo se convierte en educador de los hombres. Sucesivamente, les enseña cómo prensar la aceituna para recoger el aceite, les instruye en los secretos de la caza: en cómo preparar las trampas contra las bestias salvajes que devastan los rebaños. Al mismo tiempo cazador (*agreus*) y pastor (*nomios*), es el protector de los campesinos, y los ayuda a luchar contra la sequía y los incendios. También les enseña a cuidarse y se impone incluso como una especie de *French doctor*², poniéndose al servicio de las víctimas en los conflictos armados. Aristeo es, en parte, el precursor de lo humanitario, ya que aún la ayuda al desarrollo con la medicina de primeros auxilios. En el transcurso de estas aventuras, se casa con Autónoe, la hija de Cadmo, el fundador de Tebas, de quien nacerá un hijo, Acteón, cuyo destino, naturalmente, será trágico: acabará devorado por sus propios perros después de haber sido transformado en ciervo por Artemisa, furiosa por haberla visto desnuda mientras nadaba en un río.

Pero el renombre de Aristeo tiene que ver, ante todo, con el hecho de que es el primer apicultor profesional. Las Ninfas le han enseñado, siendo niño, el arte de cuidar y «cultivar» las colmenas, y Aristeo, a su vez, se lo ha enseñado a los hombres, que lo invocan, de buen grado, con el nombre de Meliso (el Meloso). Pero esta fama no menoscaba en nada su modestia y su total abnegación, como demuestra el siguiente episodio. Un buen día entró en competición con Dionisio (que en ocasiones pasa por ser el padre nutricio) para determinar qué era mejor, si la miel o el vino. Se organizó un concurso que duró mucho tiempo (hay que decir que el jurado estaba compuesto, únicamente, por inmortales).

Después de largas discusiones, vacilaciones y... degustaciones, los dioses reunidos se decantaron en favor del vino de Dionisio³, pues es posible ignorar la muerte por medio de la embriaguez. Tras este juicio, Aristeo no se sintió afectado por la amargura; más bien al contrario, sugirió mezclar el vino y la miel para acumular los placeres, iniciando así una práctica corriente en la Antigüedad.

Así es Aristeo: generoso, inventivo, servicial; en resumen, un buen hombre en toda regla, incluso «el mejor», como su nombre parece indicar. Pero he aquí que al bueno de Aristeo le sucede una catástrofe espantosa: las abejas, de las que cuida y que son su responsabilidad, desaparecen de golpe; repentinamente encuentra todas sus colmenas vacías. Es el primer *Colony Collapse Disorder* (CCD) que tanto angustia a los apicultores de hoy. Por lo que, dicho sea de paso, la profecía del seudo-Einstein sobre la desaparición de las colmenas es también una reminiscencia mitológica.

Aristeo está desesperado; tanto más cuanto que no comprende las razones de su desgracia. Él, que puede vanagloriarse de un conocimiento fino e íntimo de la naturaleza, ha sido cogido totalmente de improviso.

Pero la gravedad de la situación supera, con mucho, su propia persona. Para comprender la amplitud de la catástrofe, hay que recordar que, en la mitología griega, antes de Aristeo, la abeja ya había desempeñado un papel nada despreciable en el origen de las cosas; cuando el mundo aún no era lo que es; cuando el Cosmos apenas emergía del Caos original.

La miel y el origen del mundo

En efecto, antes de Aristeo ya había una ninfa cercana a Deméter, diosa de la fertilidad (y del matrimonio), a quien se le atribuye el haber descubierto en el bosque los primeros panales. Se llamaba Melisa. Fue la primera en atreverse a probar la miel y

en tener la idea de mezclarla con agua para hacer una bebida: el hidromiel. Esto gustó tanto a sus compañeras que adoptaron dicho alimento. Según ciertas versiones, es Melisa quien se ocupa, con sus hermanas y la ninfa cabra Amaltea, del pequeño Zeus, oculto por su madre Rea en la isla de Creta a fin de sustraerlo al voraz apetito de su padre Cronos⁴. En efecto, este había decidido devorar a todos sus hijos para evitar que le disputasen su autoridad cósmica. Su mujer, Rea, desesperada al ver que los frutos de sus entrañas eran devorados por el supuesto autor de sus días, sustituyó al último de sus pequeños, Zeus, por una piedra envuelta en pañales. Cronos se la tragó sin notar la diferencia. Entonces Rea pudo confiar al niño a los buenos cuidados de las Ninfas, que lo ocultaron en el monte Ida, donde pasó su infancia.

En esta niñez de miel y de leche —dos símbolos de la dulzura— hay algo que contrasta con la fuerza bruta de las divinidades primordiales. Urano (el Cielo en griego), abuelo de Zeus, solo pensaba en el sexo y no se despegaba de su esposa ni de su madre Gaia, antes de que su hijo, Cronos, lo emasculara; Cronos, el padre, solo pensaba en comer y tragar a sus hijos para evitar el funesto destino de castración que él mismo había infligido a su progenitor. Tanto el uno como el otro, debido a su voracidad, impedían al mundo desarrollarse y ordenarse. Zeus fue educado en y para la dulzura (*véase* ilustración 1 del cuadernillo de fotos), y esta, lejos de menguar su fuerza, le permitió acceder a una potencia superior, la de la civilización, el orden y la justicia. La misma que permite al mundo evolucionar de manera armónica. Pero ¿cómo pasar de la fuerza bruta al poder civilizado? ¿Cómo transitar de la energía desordenada a la canalización de las fuerzas vitales?

Las abejas van a desempeñar aquí el papel de intermediarias, precisamente porque responden tanto al mundo salvaje como al mundo civilizado. Así, cuando Zeus, ya crecido, decide enfrentarse a su padre, va a iniciar su combate utilizando un truco médico. Por consejo de su madre, mezcla miel con un poten-

te vomitivo y se lo ofrece a su padre. Atraído por el delicado sabor azucarado, Cronos se lo bebe de un trago, pero descompuesto por el amargor, regurgita a los niños que se había tragado. Los hermanos y hermanas de Zeus ven, así, la luz por segunda vez pudiendo participar con él en la formidable guerra de dioses que enfrentará a las divinidades olímpicas, reunidas en torno a Zeus, con los partidarios de Cronos. Se comprende que lo que está en juego es nada menos que la domesticación de las fuerzas naturales, primitivas, destructivas y caóticas, con el fin de permitir el nacimiento de un orden y una armonía cósmicos. La miel tiene un papel decisivo en este tránsito: es el alimento natural que permite salir del estado de naturaleza, el primer dulzor en un mundo de brutos. Gracias a él, Cronos deja de devorar a sus hijos. Y en el mito de Melisa, es después de haberla probado, gracias a la enseñanza de las Ninfas, cuando los hombres abandonarán el estado salvaje. Dejarán de practicar la antropofagia —preludio indispensable de la vida civilizada— a cambio de ingerir alimentos recogidos en el bosque y, por vez primera, «recolectados». El mito dice también que las *melissai* (abejas) han proporcionado a los hombres, al tiempo que el gusto por la miel, el sentimiento del pudor, *aídos*. Asimismo, son ellas las que les enseñaron otra técnica: la fabricación de vestimenta tejida.

En busca de las colmenas perdidas

Ahora se comprende mejor la angustia de Aristeo. No solo ha perdido su oficio o su *hobby*, sino que, además, ha fracasado en la misión de mantener el frágil equilibrio de la cultura, ya que, si las abejas desaparecen, todo el ordenamiento cósmico estará amenazado por la confusión. Lo vegetal se mezclará con lo animal, lo salvaje invadirá lo doméstico, la naturaleza y la cultura se confundirán...

Agobiado y sin saber qué hacer, Aristeo, como último recurso, va a llorar a casa de su madre, la divina Cirene.

He aquí lo que le obliga a decir Virgilio en las *Geórgicas*, que ofrecen la versión más completa de la historia:

Madre, madre Cirene, que habitas en las profundidades de este abismo, ¿para qué me has hecho nacer de la ilustre raza de los dioses, si, como tú afirmas, mi padre es Apolo, y, en cambio, le soy odioso al destino? ¿O adónde ha ido a parar el amor que me tenías? ¿Por qué me pedías que esperase el cielo? He aquí que pierdo incluso el honor de mi vida como mortal, ese honor que al precio de tantos esfuerzos yo había adquirido con gran dificultad, velando con destreza por las cosechas y el ganado, ¡y tú eres mi madre! ¡Vamos! ¡Continúa! Y con tu propia mano arranca mis huertos fértiles; lleva a mis establos la llama enemiga y destruye mis cosechas; quema mis plantaciones y blande contra mis viñas el hacha robusta de dos filos, si es que te ha causado tanto disgusto mi gloria⁵.

Cirene escucha las lamentaciones de su amado hijo. En primer lugar, como debe ser, lo tranquiliza, lo mima y lo alimenta; después le aconseja consultar con el divino Proteo, que todo lo sabe: «El presente, el pasado y la larga serie de hechos venideros». Él es el único que podrá dar con las razones de la maldición y los medios para suprimirla. Solo que este Proteo no es nada fácil de atrapar, le advierte, pues no cesa de cambiar de apariencia, pasando en un instante del aspecto de una gota de agua al de un monstruo terrorífico. Es «proteiforme»... Así que tendrá que sorprenderlo —¡lo que no resulta nunca sencillo cuando hay que vérselas con un adivino!— y atarlo fuertemente. Y sin desfallecer ni asustarse ante las abominables formas que pueda asumir, esperar a que se canse. Cirene añade: «Cuanto más multiplique sus metamorfosis, hijo mío, más apretadas mantendrás sus ligaduras»⁶.

Aristeo sigue exactamente los consejos de su madre: logra apoderarse del adivino, resiste sus espantosas transformaciones y, finalmente, hace su pregunta a Proteo encadenado, quien acaba explicándole la causa de su desgracia: «Es una divinidad la que te persigue con su rencor; expías una grave falta: este castigo te es impuesto por Orfeo, tan digno de compasión por su inmerecido castigo»⁷.

¿Qué había pasado? ¿Cuál era, pues, el delito cometido por Aristeo? Para comprenderlo es preciso volver al día de la celebración de las bodas de Orfeo y Eurídice.

La muerte de la ninfa Eurídice

Su historia es aún más célebre que la de Aristeo. Orfeo es un poeta y un músico prodigioso. Dice la leyenda que su talento es tal que con su lira es capaz de encantar a los hombres, a los dioses y a los animales salvajes, ¡e incluso de emocionar a los objetos inanimados! También él es un héroe: participa como patrón de barco en la expedición de los argonautas, que han ido en busca del Vello cinio de Oro, bajo la dirección de Jasón. Su genio musical asegura a los remeros una cadencia perfecta y su canto sublime consigue preservar a sus compañeros de las funestas melodías de las sirenas. A su vuelta, la ninfa Eurídice se enamora de él, y esta pareja sublime decide casarse y celebrar una fiesta que hace las delicias de todos los invitados, pues los enamorados son jóvenes, hermosos, encantadores y están henchidos de una pasión evidente.

Apenas celebrado el matrimonio, Aristeo, que había sido invitado a la boda con la flor y nata divina, queda, literalmente, «rendido»; él, gentil muchacho, marido fiel y yerno ideal, se pone a galantear con la ninfa recién casada, persiguiéndola con insistencia. Eurídice, aterrorizada por estas atenciones más que reiteradas, huye a través de un campo de hierba alta. En su carrera no

ve a una monstruosa serpiente de agua que la muerde: Eurídice cae fulminada. Orfeo, que ha salido en busca de su amada, descubre el cuerpo sin vida de la joven esposa. Desesperado, comienza a cantar melopeas desgarradoras, que acabarán emocionando incluso a los mismos amos de los infiernos. Entonces, estos le autorizan para ir a recuperar a Eurídice de las profundidades de la tierra con la condición de que no le dirija ni una sola palabra ni una mirada hasta haber salido de aquellas. El final de la historia es conocido: Orfeo no puede resistirse a las lastimosas llamadas de Eurídice, que se lamenta de su indiferencia; se gira para consolarla e inmediatamente la pobre ninfa es arrastrada a «la inmensa noche», sin esperanza de retorno. A Orfeo no le queda otro recurso que cantar su amor perdido, llorando sin cesar el fin de Eurídice. Y tanto lo hizo que las Bacantes, irritadas al ver cómo un joven de semejante hermosura seguía siendo tan estúpidamente fiel a una muerta, «lo desgarraron y dispersaron los pedazos de su cuerpo por la vasta extensión de los campos»⁸.

He aquí el drama del que Aristeo es responsable, y que es la fuente de su desgracia. «He aquí la razón —explica Proteo a Aristeo— de la desaparición de tus abejas. Tú eres la causa de esta horrible tragedia. En efecto, cuando se han enterado de la muerte de Eurídice, sus amigas las ninfas de las cañadas, las Napeas, se han vengado y han matado a todas tus abejas».

LA ABEJA, LA NINFA Y LA MUJER PERFECTA

Donde se comprende por qué conviene elegir a una abeja por esposa

Esta revelación llenó de estupor a Aristeo, pero no le sorprendió demasiado. No nos ocurre lo mismo a nosotros. Según el relato de Proteo, nos parece incomprensible que el amable Aristeo, que siempre ha sido la encarnación de la dulzura y la virtud, se haya transformado de repente en un sátiro lascivo nada más ver

a la recién casada Eurídice. Por otro lado, resulta sorprendente que las Ninfas hayan preferido vengarse en las abejas en lugar de hacerlo en el propio Aristeo, quien, recordémoslo, no es todavía ni divino ni completamente inmortal. Así pues, no era un adversario muy difícil de castigar. Sobre estos dos puntos es preciso que hagamos una investigación complementaria.

Esta ha sido realizada con ímpetu por el antropólogo Marcel Detienne en un magnífico artículo consagrado a la interpretación del mito de Orfeo, que nos enseña mucho acerca de la función mitológica de la abeja⁹.

Detienne recuerda, en primer lugar, que las Ninfas son las verdaderas «inventoras» de las abejas, mientras que Aristeo es solo su guardián. Por tanto, es lógico que tengan poder para quitárselas con el fin de castigar y vengar la muerte de su compañera.

Pero ¿por qué precisamente este castigo? Detienne señala que, en toda la antigua Grecia (como veremos más adelante), la abeja encarna un ideal de vida pura y casta, lejos de toda clase de corrupción. La colmena presenta siempre una limpieza perfecta; la abeja no se siente atraída en absoluto por el sexo, ya que jamás se la ha visto emparejarse; es estrictamente vegetariana (a diferencia de la avispa, que es carnívora). Son numerosos los autores clásicos que señalan su asco ante los olores demasiado fuertes, ya sean los hedores de la podredumbre o los pronunciados efluvios de una fragancia demasiado dulce. Quien se les aproxime con exceso de perfume, añaden estas «autoridades», corre un gran riesgo de ser atacado, y también el apicultor si ha cometido alguna falta, especialmente si le es infiel a su legítima esposa.

Todas estas cualidades hicieron de la abeja en la antigua Grecia el modelo de mujer ideal. Como escribe Detienne, «es el emblema de las virtudes domésticas: fiel a su marido, madre de hijos legítimos, regenta el espacio íntimo del hogar, cuida del bien conyugal sin apartarse jamás de un comportamiento lleno de comedimiento y decencia (*sofrosine* y *aidos*), uniendo así las funciones de esposa y de una especie de superintendente, no se

muestra glotona, ni dada a la bebida, ni inclinada a dormir, y rehúsa obstinadamente las chácharas amorosas que tanto gustan al género femenino»¹⁰. Hay que decir que, en la antigua Grecia, la «raza de las mujeres», surgida de Pandora —esta maldición lanzada por Zeus sobre los hombres como contrapartida del fuego robado fraudulentamente por Prometeo—, es objeto de todos los reproches.

Encontramos un notorio indicio en el poeta elegíaco Semónides de Amorgos (siglo VII a. C.), del que solo nos queda una obra, la primera realmente misógina de la literatura occidental. En su poema *Sobre las mujeres* identifica diez razas creadas por Zeus para castigar a los hombres, de las que la mayoría se relacionan con los animales y, naturalmente..., con sus defectos: la mujer-perro es ruidosa e incontrolable, la mujer-asno es testaruda y desvergonzada, la mujer-cerdo es sucia y voraz, la mujer-zorro es versátil, la mujer-comadreja es fea e hipócrita, la mujer-mono es desagradable y astuta, la mujer-caballo es coqueta y despilfarradora. En este inventario, solo hay una especie que merezca su favor: la mujer-abeja.

Esta pertenece a la raza de la abeja: feliz aquel al que le haya tocado en suerte. Solo ella no merece ningún reproche. Gracias a ella la vida resulta floreciente y larga; amada por su esposo al que ama, envejece con él y da lugar a una bella y noble familia. Brilla entre todas las mujeres y una gracia divina se expande a su alrededor. No le gusta sentarse en un corro de mujeres donde se mantienen conversaciones licenciosas. Es Zeus quien concede a los hombres estas mujeres tan excelentes y sabias. Pero todas las demás razas que hemos visto también se deben a Zeus y se encuentran entre los hombres. Pues el mayor azote que ha creado Zeus son las mujeres.

Hesíodo, en la *Teogonía*, no afirma otra cosa cuando, comparando a las mujeres pandorianas con los zánganos lascivos y pere-

zosos de la colmena, señala: «Es el esfuerzo del prójimo lo que introducen en su barriga. Exactamente así es cómo, para los hombres, las mujeres son un mal»¹¹. Salvo si tienen la fortuna de encontrar una prudente esposa más parecida a la abeja que al zángano.

Se comprende así que las veleidades adúlteras de Aristeo lo hicieran indigno de ser apicultor jefe. Y las abejas, engañadas, prefirieran desaparecer antes que permanecer bajo su yugo impuro.

La misión de Aristeo

Pero aún quedan por explicar las razones del comportamiento, cuando menos sorprendente, de Aristeo: ¿por qué este buen marido, trabajador y servicial, se desmorona ante la simple vista de Eurídice? La respuesta de Marcel Detienne a esta pregunta es tan simple como luminosa: Aristeo, el apicultor, no puede resistirse a Eurídice porque Eurídice *es una abeja*, o, mejor dicho, una *ninfa*, es decir, una abeja muy joven. En efecto, en la clasificación griega de las edades de la mujer, se distinguen varios periodos. En primer lugar, está la *korè*, que designa a la joven impúber y no casada. Es un poco salvaje, sin deseo sexual, puesta bajo la protección de Artemisa, la diosa de la caza. Tras su matrimonio, y desde que pare, la mujer se convierte en una *mêtêr*, o lo que es lo mismo, una matrona, y, al mismo tiempo, en una buena esposa y madre de familia. Es la imagen de la abeja realizada, discípula de Deméter (*véase* polinización núm. 2, pág. 34). Pero entre ambas hay un periodo crítico, la edad en que la mujer es *nynfé*, desde la víspera de su matrimonio hasta el nacimiento del primer hijo. Es el momento de todos los peligros: tras despertar a la sexualidad y a la sensualidad, la joven ninfa corre el riesgo de perderse rehuyendo su destino (y su realización) como *mêtêr*. Se arriesga a convertirse en una *hetaira*, una cortesana —o incluso en una «ninfómana»—, abandonándose por completo al amor bajo el signo de

Afrodita. Es esto, precisamente, lo que amenaza a Eurídice, ninfa sublime, seducida por el poeta Orfeo. Acaban de casarse, pero ya parecen tener aspecto de establecerse como una buena pareja burguesa —¡señor y señora Orfeo!—, tener hijos, gozar de una buena situación, una casita tranquila... ¡Imposible! El peligro existe: parten hacia una «luna de miel» sin fin. Su deseo de unirse es tan absoluto que incluso pretenderán superar la inevitable separación de la muerte. Este amor no es razonable ni vivible: es desmesurado (*hybris*) y, por ello, su fin solo puede ser trágico.

Y es aquí donde interviene Aristeo. Comprende de inmediato la situación, pues en las colmenas, a las abejas jóvenes que abandonan el estadio de larva se las llama Ninfas. Al ver en Eurídice a una abeja joven, no puede evitar querer poseerla, lo que en cierto sentido es normal, ya que él es el señor de las abejas, el apicultor jefe. Pero, sobre todo, ve claramente el peligro que corre Eurídice ante un Orfeo que es «todo miel» y que representa el peligro de desviarla de su cabal destino de esposa-abeja. Así, Aristeo desempeña el ingrato papel del principio de realidad —de superyó, que se diría en psicoanálisis—. Y si corre tras Eurídice, no es tanto para seducirla como para «meterla en cintura», para obligarla a abandonar su estatus de ninfa —y de virtual ninfómana— y entrar en el de buena abeja, hada de la casa. La «luna de miel» se acabó: ¡manos a la obra, hay que pensar en parir y producir!

Así pues, Aristeo no abandona su papel de guardián de la colmena al perseguir a Eurídice con su cortejo; solo hace su trabajo. Pero el mito va más allá: nos muestra a un Aristeo encargado de mantener el mundo a medio camino entre la brutalidad salvaje y las excesivas suavidades de la cultura. Ya dijimos que es a la vez cazador y pastor, protegiendo los rebaños de las bestias salvajes. Y es también agricultor al salvaguardar los frutos de la naturaleza de la voracidad de los animales domésticos. El señor de las abejas es también el garante del buen equilibrio entre naturaleza y cultura, el encargado de evitar ambos excesos simétricos.

Volvemos a encontrar la ambivalencia de la abeja: pertenece a ambos órdenes y, asimismo, se la considera la guardiana del principio original, la garante de la armonía y la condición del orden cósmico.

El retorno de las abejas

Por tanto, Aristeo, sin saberlo, es también el elegido por los dioses para evitar un desorden cósmico. Al estar la suerte de Eurídice y Orfeo determinada (trágicamente), su «maldición» ya no tiene razón de ser. Es así como hay que comprender la recomendación de su madre Cirene, que le ordena que vaya a hacerse perdonar por las Ninfas: «Vete, suplícales, llévalas ofrendas, solicita su perdón; adora a las Napeas para que sean indulgentes: ellas otorgarán su perdón a tus súplicas y relajarán su furia»¹². Cirene indica a su hijo un sacrificio ritual, que deberá ejecutar escrupulosamente. Tendrá que consagrar a las Ninfas cuatro de sus toros y otras tantas novillas; los dejará allí y volverá nueve días después para sacrificar una oveja negra y otra novilla en honor de los Manes de Orfeo y Eurídice. En ello se afana Aristeo. Y es entonces, al noveno día, cuando sucede el milagro. «Prodigio súbito y maravilloso, a través de la carne licuada de los bueyes, se ve a las abejas bullir en su vientre, zumbando y saliendo a grandes borbotones de sus flancos reventados, para después formar inmensas nubes y afluir en masa a la copa de un árbol cuyas ramas curvarán al suspender de ellas su racimo»¹³. Es el retorno de las abejas y la invención de un procedimiento mágico de producción de las abejas, que tendrá una larga posteridad: la *bugonía* (véase polinización núm. 3, pág. 35, e ilustración 2 del cuadernillo de fotos). Aristeo, de todos modos, está satisfecho; las Ninfas se han calmado y los dioses están contentos, pues las abejas han vuelto para mantener el frágil equilibrio entre el salvajismo y la civilización...

La misión de Aristeo se ha cumplido. Por otro lado, es recompensado al ser reconocido, por fin, como un dios de pleno derecho, y desaparece sin dejar rastro...

El relato de este mito de gran riqueza nos proporciona una primera aproximación a la «ética de la abeja», según el espíritu de los griegos antiguos: hay que evitar todo exceso y conservar siempre la justa medida. Si la humanidad se construye sobre el rechazo de la naturaleza bruta y salvaje, puede, asimismo, destruirse por abuso de la cultura. La abeja nos guía en esta sabiduría fundamental, que consiste en mantener el equilibrio. No solo nos proporciona una clave simple y accesible para todos que permite comprender el enigmático paso del Caos al Cosmos organizado, la invención de la tranquilidad y la civilización, sino que también nos indica cómo conservar la frágil adquisición del orden instituido. Entregado en exclusiva a la naturaleza, el mundo corre el peligro de pudrirse. Abandonado únicamente a la producción humana (la *poesía* de Orfeo), el mundo puede quemarse las alas. Es preciso cuidarse de ambos extremos. Lo que nos recuerda el fin de ese otro mito famoso: el de Ícaro. Recordemos que el joven, embriagado por su aéreo vuelo, y a pesar de las recomendaciones de su padre Dédalo, se aproxima demasiado al sol. Es entonces cuando las plumas de sus alas se desprenden, porque el calor derrite lo que las mantenía pegadas entre sí... la cera de abeja.

La desmesura (*hybris*); he aquí lo que amenaza el genio inventivo de los hombres. He aquí por qué el mito de Aristeo continúa hablándonos hoy día, en una época dominada por la ciencia, la innovación y el control. La mitología es, naturalmente, pesimista, ya que nos explica el sentido del mundo a partir de una edad de oro perdida; la ciencia es, espontáneamente, optimista, ya que funciona con el «progreso». Pero podría ser que nosotros, seres humanos de la edad hipermoderna,uviésemos que vivir con ese extraño sentimiento de que todo va al mismo tiempo de mejor en mejor y de peor en peor.



Polinización núm. 2

Perséfone y Deméter

Koré y Méter son también los nombres primitivos de estas dos divinidades: Perséfone y su madre Deméter, diosa de la fertilidad. Perséfone era de una belleza tal que el malvado Hades, su tío, la raptó para hacerla su esposa. Alarmada por su repentina desaparición, Deméter salió en busca de su querida hija y, al no encontrarla, decidió hacer una especie de «huelga de fertilidad» mientras no le fuese devuelta. Entonces la tierra se desecó; las plantas dejaron de crecer; el universo estuvo hambriento. Al saber que su hermano Hades retenía a su hija, Deméter llevó el asunto ante Zeus. Este, muy molesto, y no queriendo ofender a su hermano ni a su hermana, propuso un compromiso. Decidió que Perséfone se quedara seis meses en los infiernos con su esposo, y se reuniera con su madre el resto del año. Así se inventaron las estaciones: durante la ausencia de su hija, en otoño y en invierno, Deméter abandona su trabajo; a su vuelta, en primavera, hace florecer de nuevo la tierra.

Igualmente, las abejas permanecen encerradas en la colmena durante la estación «mala» para reaparecer con el buen tiempo. En toda la antigua Grecia se celebraba un culto en memoria de esta historia durante las grandes fiestas llamadas Tesmoforías. Participaban en ellas las mujeres casadas, denominadas para la ocasión *melissai*. Un culto igual se desarrollaba también en el templo de Artemisa, en Éfeso, una de las siete maravillas del mundo antiguo. A Artemisa se la representaba siempre en compañía de abejas. Por otra parte, señalemos que a la pitia de Delfos se la llamaba Melisa. Vemos, pues, que la abeja no solo es *mito* (o relato del origen), sino que también es *rito*, es decir, la evocación regular de las reglas del ordenamiento primordial.



Polinización núm. 3

La bugonía o el misterio del origen de la vida

La bugonía (del griego *bou*, «buey» y *gonos*, «nacimiento») designa la creencia según la cual las abejas nacen de las entrañas de un buey muerto (o, en ocasiones, de un león) mediante un proceso que más adelante se llamará «generación espontánea». Se pensaba que este era el único modo disponible en la época para explicar el desarrollo de una especie de insectos que se reproducía sin sexualidad, de forma perfectamente casta y pura. Esta leyenda tuvo siete vidas a lo largo de la historia, pues la seguimos encontrando en el siglo XVIII e incluso en el XIX. Pero su éxito se debe también a que aborda los problemas esenciales e insolubles del origen de la vida y de la relación entre el cuerpo y el espíritu. La bugonía, por tanto, nos permite representar de maravilla la idea de la reencarnación, de la metempsicosis y de la inmortalidad del alma: como un enjambre abandona la colmena, un alma abandona su cuerpo. Pero, aun así, reaparece a partir de un cuerpo muerto para ir a ocupar otro vivo.

En el siglo XVII, el filósofo Malebranche (1638-1715) volverá sobre este mito para refutarlo. Para él, la idea misma de generación espontánea ponía en peligro la existencia de un solo Dios, único creador de la vida. También se esforzó en mostrar, a través de sus experimentos, por otro lado bastante astutos, que la bugonía no había ocurrido ni podía ocurrir. Oponía otra teoría, bastante divertida para nosotros los contemporáneos, que en su época se denominó «preformacionismo», según la cual todo ser vivo proviene de un germen inicial producido por el mismo Dios. Lo que hace que todo huevo animal contenga no solo un animal, sino a todos los animales futuros de su linaje, como las muñecas rusas. Las observaciones al microscopio de la época parecían confirmar esta teoría, pues se podía ver ya en el germen, en pequeño, la forma del ser adulto. Malebranche, en la décima de sus *Conversaciones sobre la metafí-*

sica y la religión (1688), escribe que la abeja de finales del siglo xvii existía ya en forma microscópica en el huevo de la primera de todas las abejas. Uno de los protagonistas de su libro se entretiene en calcular «la relación del tamaño natural de la abeja con el que tenían las abejas de 1687 al principio del mundo, suponiendo que hayan sido creadas hace seis mil años»¹⁴. La construcción de seres tan minúsculos es posible, pues «la materia es divisible hasta el infinito». El descubrimiento del código genético, en cierto sentido, ha devuelto su prestigio al preformacionismo.